



ORDO AUGUSTINIANORUM RECOLLECTORUM

GENERALATUS



Su Excelencia, Sr. Francisco Álvarez de Soto, Vicecanciller de la República de Panamá.

Distinguidos invitados a este acto de condecoración:

Es un gran honor para mí recibir la “Orden Vasco Núñez de Balboa”, en el grado de Gran Cruz, que el Presidente de la República de Panamá y su Gobierno, han concedido al padre Bernardino García (1862-1937), y en él, a la Orden de Agustinos Recoletos.

Al celebrar el IV Centenario de nuestra llegada a Panamá, los agustinos recoletos agradecemos al Sr. Presidente de la República, Excmo. Sr. D. Ricardo Martinelli, esta importante distinción. Damos las gracias al pueblo panameño por la acogida y colaboración que siempre nos ha ofrecido en la labor evangelizadora y en el servicio de promoción humana y desarrollo social.

Para todos los agustinos recoletos, especialmente para los que han nacido en este país y para aquellos que son panameños de corazón, esta condecoración, expresa la confianza y el agradecimiento de este pueblo. La condecoración “Orden Vasco Núñez de Balboa” nos exige a los agustinos recoletos un renovado compromiso de comunión con la Iglesia en Panamá, continuar sirviendo a este pueblo con esperanza y afrontar con espíritu de fe el reto de la nueva evangelización que la Iglesia hoy nos pide.

El 5 de diciembre de 1588, hoy se cumplen 424 años, nació en España la recolección. Algunos religiosos agustinos deseaban vivir un estilo de vida comunitaria más austero y más centrado en la oración, querían buscar aquello que más les encendiera en el amor a Dios y al prójimo. A los pocos años surgió la misma inquietud en los agustinos colombianos, los que optaron por esta vida reformada se unieron a los recoletos españoles.

Los agustinos recoletos llegaron a Panamá en 1612. El obispo de Panamá, Agustín de Carvajal (1608-1612), que era agustino, pide a los recoletos colombianos que se establezcan en Panamá. La antigua iglesia de San José fue su casa de referencia hasta 1833 en que pasó a manos del estado Colombiano. Después de 65 años de ausencia los agustinos recoletos volvieron a Panamá en 1898. Eran un grupo de siete religiosos que llegaban huyendo de las Islas Filipinas. El obispo José Alejandro Peralta (1846-1898) los acogió y les ofreció las misiones del Darién, abandonadas desde hacía varios decenios, y la iglesia de San José, sin saber que antes había sido su convento. Al frente de ella quedaría desde junio del año siguiente el padre Bernardino García.

No fueron fáciles los tiempos que le tocó vivir al padre Bernardino, pero él supo afrontarlos con entereza y confianza en la Providencia. Nació 1862 en Tarazona (Zaragoza, España), este año precisamente se cumplen los 150 años de su nacimiento. Tras trece años de servicio en varias parroquias de Filipinas, la Revolución le obligó a abandonarlas y a refugiarse en Manila. Su vida parecía definitivamente truncada. Pero él reaccionó inmediatamente. El mundo era más grande que Filipinas y apenas oyó hablar de que por América había necesidad de sacerdotes, se ofreció para prestar en ella sus servicios pastorales, sin reparar en las molestias de un viaje tan largo ni en la dificultad de llegar a un mundo para él totalmente desconocido.

Llegó a Panamá el 16 de abril de 1899, con 36 años de edad, en compañía de otros doce agustinos recoletos españoles, víctimas como él de las tensiones y atropellos que toda revolución lleva consigo. Al poco tiempo de llegar a Panamá, comenzó la guerra de los Mil Días (1899-1902) con el consiguiente séquito de penuria, inseguridad y privaciones. Pero tampoco ahora se dejó amilanar.

El padre Bernardino era un hombre de fe, animoso, curtido en el trabajo, celoso y con cualidades para la predicación y la enseñanza. Todo ello, unido a su gusto musical, le permitió dar un renovado esplendor al culto de la iglesia de San José (Altar de Oro). Su presencia en los campos de la sanidad y la educación también fue constante.

Desde el primer momento se insertó plenamente en la vida del Panamá republicano. Conoció y vivió intensamente la última etapa de la época de unión a Colombia, con todas las contradicciones sociales del momento. Durante la guerra estableció hospitales de sangre abiertos a los dos bandos contendientes. El 15 de mayo de 1903 atendió espiritualmente al general Victoriano Lorenzo antes de ser ejecutado, y luego defendió públicamente su memoria de las calumnias que la iban empañando. En noviembre de 1903 asistió a la

proclamación de la independencia nacional, acaecida en la Plaza de la Catedral, a pocos pasos de la casa de San José. El 20 de diciembre de ese mismo año bendijo la primera bandera de Panamá. Un amigo suyo, don Jorge Amatriain compondría la música del himno nacional. En los años siguientes persuadió a los superiores para que los agustinos recoletos continuaran en Panamá.

En 1910 volvió a España para desempeñar diversos cargos de responsabilidad en la Orden. En el año 1936 comenzó la guerra civil española; ante la persecución religiosa que se desencadenó, a principios del año 1937, el padre Bernardino logró refugiarse en la embajada panameña, en la que a los pocos días le alcanzó la muerte. Murió en la sede diplomática del país que él había visto nacer y en cuyo futuro creyó siempre.

Podemos decir que el padre Bernardino fue un fraile que llevaba a Panamá en el corazón, y, por tanto, puede simbolizar la labor desarrollada por los agustinos recoletos en este país. Su recuerdo nos anima a vivir el presente y a mirar con esperanza hacia el futuro.

Los agustinos recoletos hemos deseado estar al servicio del pueblo y caminar con el pueblo. Antes, en la antigua Ciudad de Panamá, en la iglesia de San José, en las misiones de la región del Darién y en parroquias diseminadas a lo largo y ancho de la República. Hoy servimos a la Iglesia y a la sociedad panameña en la Prelatura de Bocas del Toro, en el Colegio San Agustín (Costa Este) y en las parroquias de San Juan Bautista de La Salle (Iglesia de Piedra) y San Lucas en la Ciudad de Panamá, y de la Sagrada Familia en David.

Entre las iniciativas de los últimos decenios deseo destacar la labor del padre Benjamín Ayechu en la creación de la Universidad Santa María la Antigua, importante centro cultural de este país, así como la del padre Rogelio Barasoain en el primer desarrollo del asociacionismo católico y en la enseñanza de la religión en los centros públicos. Quiero recordar también a Mons. Martín Legarra, organizador de la Prelatura de Bocas del Toro, a Mons. Agustín Ganuza y a los que han trabajado en la misión por su evangelización, desarrollo social y promoción cultural de los pueblos Naso, Bibrí, Ngobe y Buglé.

En las misiones, en las parroquias y en el apostolado educativo desarrollado por los agustinos recoletos hay personas concretas, con sus posibilidades y deficiencias; religiosos que bajo los símbolos agustinianos del corazón ardiente de caridad y del libro de la ciencia que busca la Verdad, han entregado lo mejor de sí mismos en esta tierra. Con ellos, siempre han estado grupos de laicos: tantas personas

buenas, que rezan, que se desviven por transmitir su fe, que se esfuerzan por ayudar y servir... Necesitamos compartir nuestra misión evangelizadora con los laicos y seguir construyendo entre todos una sociedad más humana y más solidaria. Nosotros creemos que Jesucristo da sentido a nuestras vidas; el encuentro con él nos da la fuerza para seguir trabajando con esperanza.

Sr. Francisco Álvarez de Soto, Vicecanciller de la República, en nombre de los Agustinos Recoletos le doy las gracias por presidir este acto y en nombre de la Orden de Agustinos Recoletos le pido que transmita nuestro agradecimiento sincero al Excmo. Sr. D. Ricardo Martinelli, Presidente de la República, y su Gobierno.

Manifestamos nuestro agradecimiento por su presencia en este acto a Mons. Andrés Carrascosa, Nuncio de Su Santidad; a los obispos agustinos recoletos Mons. Agustín Ganuza, obispo emérito de Bocas del Toro, a Mons. José Luis Lacunza, obispo de David y a Mons. Aníbal Saldaña (que no ha podido venir); a las autoridades civiles y eclesiásticas, al padre Gabriel Robles, Vicario provincial de los agustinos recoletos de Panamá; a los agustinos recoletos y a los laicos que representan a nuestros ministerios. Manifestamos nuestra gratitud a todos ustedes. Su presencia hoy aquí es un testimonio de comunión fraterna y afecto a la Orden. De nuevo, gracias a todos los que han hecho posible este acontecimiento.

Que el Señor les bendiga. A Dios, Señor de la Historia, y a todos ustedes: ¡Gracias!.

Panamá, 5 de diciembre, 2012

Miguel Miró
Prior general